

EL CONCEPTO DEL “ABSURDO” EN ALBERT CAMUS COMO PUENTE ENTRE
LA FILOSOFÍA Y LA LITERATURA.

DANIEL EDUARDO REY RODRIGUEZ

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE FILOSOFÍA

BUCARAMANGA

2017

EL CONCEPTO DEL “ABSURDO” EN ALBERT CAMUS COMO PUENTE ENTRE
LA FILOSOFÍA Y LA LITERATURA.

DANIEL EDUARDO REY RODRIGUEZ

Monografía para optar al título de Filósofo

DIRECTOR

MARIO AUGUSTO PALENCIA SILVA

Magíster en literatura hispanoamericana

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE FILOSOFÍA

BUCARAMANGA

2017

DEDICATORIA

A mi padre Fernando y a mi tía Aminta Rey por su amor incondicional, paciencia y apoyo en este proceso de formación académica y todas las iniciativas de mi vida.

AGRADECIMIENTOS

Al director de este proyecto, el profesor Mario Palencia, por su paciencia, colaboración y buena voluntad.

A mi padre, mi tía Aminta y mi hermano.

A Karoll Quintana Sierra, por su compañía e invaluable afectos.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	10
1. UNA MIRADA A LA RELACIÓN FILOSOFIA-LITERATURA	12
2. "EL ABSURDO" DESDE LA PERSPECTIVA DEL <i>MITO DE SÍSIFO</i>	20
3. " <i>LA CAIDA</i> " UNA NOVELA QUE ENCARNA EL <i>UNIVERSO ABSURDO</i>	29
4. CONCLUSIONES	35
BIBLIOGRAFÍA	37

RESUMEN

TITULO: El concepto del “Absurdo” en Albert Camus como puente entre la filosofía y la literatura.*

AUTOR: Daniel Eduardo Rey Rodríguez**

PALABRAS CLAVE: Filosofía, Literatura, Absurdo, Angustia, Hombre.

RESUMEN: El objetivo del presente texto es mostrar la relación existente entre la filosofía y la literatura, advirtiendo además cómo ha sido prácticamente problemática, desde que ambas manifestaciones fueron concebidas. En un primer momento, se efectúa un breve recorrido por la historia de la relación que comparten ambas disciplinas, seguido de un análisis de las obras *El Mito de Sísifo* y *La Caída* del autor de origen argelino Albert Camus, presentado como una evidencia fehaciente de que las disertaciones filosóficas y la producción literaria poseen elementos en común, que hacen efectivamente que exista una comunión entre ambos saberes, en lugar de un distanciamiento.

De igual manera, el pensamiento existencialista centró su atención no solamente en disertaciones metafísicas, sino también en el actuar del hombre. La angustia, el suicidio, y el sinsentido de la vida humana se tornaron en conceptos fundamentales para los filósofos de la postguerra como Camus; quien al igual que gran parte de la gente de su tiempo albergaba la idea de que el futuro del género humano era devastador. Por lo cual, inmerso en la difícil realidad de su época, da forma al concepto filosófico del Absurdo; siendo un diagnóstico del mundo en el que vivía. Así mismo, su concepción filosófica, fue manifestada al público de forma eficaz por medio de su literatura, y es por ello que todas sus novelas, son en sí expresiones metafóricas del concepto del Absurdo.

Finalmente, este trabajo busca reafirmar la relación entre la filosofía y la literatura, enfatizando una lectura integral del autor francés, pues supo conjugar sus disertaciones filosóficas y novelas, en orden a comunicar ampliamente su pensamiento en todas las latitudes.

*Trabajo de grado

**Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Filosofía. Director: Mario Augusto Palencia.

ABSTRACT

TITLE: The concept of “The Absurd” in Albert Camus as a bridge between Philosophy and Literature. *

AUTHOR: Daniel Eduardo Rey Rodríguez. **

KEY WORDS: Philosophy, Literature, Absurd, Anguish, Men.

DESCRIPTION: The objective of this work is to show the relationship between Philosophy and Literature, realizing as well how problematic it has been since the very beginning. First of all, there is a brief route through the relationship between both disciplines, followed by the analysis of the works *The Myth of Sisyphus* and *The Fall* by the french author Albert Camus, showed as a realiable evidence of the elements that philosophical dissertations and literary production have in common, making possible a communion between both disciplines, instead of a distancing.

In the same way, existencialist thought focused its attention not only in metaphysical dissertations, but also in the men´s behave. Anguish, suicide, and the meaningless of human life turned into fundamental concepts for the postwar philosopers like Camus; Who, like a lot of people of his time consiedered the idea of the future of mankind as devastating, Whereby, inmerse in the adverse reality of his epoch, he gives form to the philosophical concept of the Absurd, as a diagnosis of the world he lived in. Likewise, his philosophical conception, was showed effectively to the audience through his literature, and this is the reason why all his novels are metaphorical expressions of the concept of the Absurd.

Finally, this work looks forward to reaffirm the relationship between Philosophy and Literature, emphasizing an integral reading of the french author, beacuse he knew how to combine his philosophical dissertations and novels in order to communicate widely his thought in every latitude.

*Bachelor Thesis

**Faculty of Human Sciences. School of Philosophy. Director: Mario Augusto Palencia.

INTRODUCCIÓN.

¿Existe o no un vínculo o relación entre el saber filosófico y el literario?; es una pregunta que ha sido objeto de debates y posiciones encontradas desde hace mucho tiempo hasta nuestros días. De manera particular, el ensayista y pensador mexicano Héctor Zagal, experto en la doctrina aristotélica y el barroco en su país, explica esta cuestión al afirmar:

Al parecer, la tajante distinción entre un saber duro llamado "filosofía" y un arte blando llamado "literatura" se consolida en el pensamiento moderno y se perpetúa hasta nuestros días en buena parte del mundo académico, por mucho que las humanidades se enseñen en facultades de "filosofía y letras", donde la conjunción es precisamente lo que no está claro¹.

Así pues, muchos consideran que la filosofía como un saber categórico y denso que ha indagado por las cuestiones fundamentales del género humano, constituye algo más avezado o concreto que la literatura y, por ende, se las ha escindido o tildadas de incompatibles. Nuestra propuesta es que la producción filosófica y literaria se complementan, y para tal fin analizaremos principalmente el concepto camusiano del "Absurdo"; expuesto en el tratado filosófico-literario *El mito de Sísifo* (1942) y su incidencia en la novela filosófica *La Caída* (1956), como una evidencia fehaciente del vínculo entre ambos saberes.

Este trabajo monográfico está dividido en tres capítulos. El primero se titula *Una mirada a la relación Filosofía- Literatura*, y lo que busca es exponer cómo se ha tomado la conexión existente gracias a los diversos aspectos que ambas disciplinas poseen en común. Para esto se contó con los aportes de autores como Héctor Zagal o el mexicano Mauricio Beuchot; quien reafirma la comunión filosofía-literatura en su obra *El ser y la poesía* al explicar que si bien tanto la poesía como la metafísica poseen su propio lenguaje, estas expresiones

¹ ZAGAL, Héctor (1997), Artículo "*La filosofía y la literatura: a modo de presentación*", México D.F: Tópicos: Revista de filosofía, edición 13, p, 10.

concretas del discurso literario y del filosófico poseen un enclave en el *símbolo*, que las conecta y se hace evidente a nosotros por medio de la analogía, siendo el caso de la literatura más dado a la metáfora y el de la filosofía a la metonimia o trasnominación que versa sobre los conceptos abordados por este saber.

El segundo capítulo: *El Absurdo desde la perspectiva del mito de Sísifo*, está dedicado a dilucidar el concepto del Absurdo y sus diferentes expresiones como el suicidio, la creación absurda y el rol del hombre de esta naturaleza, según el autor Albert Camus lo expone en el mencionado ensayo filosófico publicado en 1942.

La Caída una novela que encara el universo absurdo es el título del siguiente apartado. En este punto, el lazo existente entre filosofía y literatura se hace efectivo, pues se entabla una suerte de diálogo interdisciplinar entre la novela *La Caída* y el tratado filosófico-literario *El Mito de Sísifo*. Presentando citas específicas de la novela en las que se ilustran metafóricamente por medio de las situaciones narradas por el señor Jean Baptiste Clamence (protagonista), los conceptos filosóficos que dan forma al pensamiento existencial de Camus.

1. UNA MIRADA A LA RELACIÓN FILOSOFÍA-LITERATURA.

En primera instancia, es factible asegurar que la relación entre el saber filosófico y el literario ha sido problemática desde los orígenes mismos del pensamiento clásico occidental. El debate sostenido entre aquellos que escinden la filosofía y la literatura, se remonta, según lo indica María Zambrano² al origen mismo de la filosofía como producto de una admiración que generaba estupor en el hombre. Es decir, una suerte de admiración por algo trascendental que se manifestaba a nosotros como *logos*, o aquello que efectivamente constituye *ser* y no *parecer*. Lo cual no es otra cuestión que una expresión del inacabado dilema entre *ser/no ser*, *realidad/representación*, *devenir/permanencia* con el cual pensadores clásicos como Heráclito y Parménides dieron forma al *corpus* del pensamiento occidental y una dirección con respecto a las cuestiones fundamentales que incesantemente se ha inquirido y procurado a su vez el saber filosófico. Así mismo, sería Platón uno de los primeros en hacer frente vigorosamente al debate filosofía/literatura, al determinar que la verdad es más importante que las apariencias. Motivo por el cual desdeña de los poetas en su estado ideal, según se plantea en Libro X de *La República*³. Dado que los poetas (trágicos) movilizaron una tradición falsa, que erróneamente se constituyó en el motivo principal de la decadencia de Atenas, pues ellos eran los encargados de la educación de los ciudadanos. En otras palabras, acorde a lo indicado por Platón, los poetas adoptaron las imágenes o representaciones de lo real como la fuente de su saber; es decir, que optaron por las mimesis o imitaciones antes que lo verdadero. Con lo cual se hace expreso que la filosofía, sublimada por Platón, como el medio efectivo de búsqueda de la verdad, de naturaleza inmaterial, trascendente y semejante a las ideas se contrapone al discurso narrativo, poético o literario que asume, desde su perspectiva, como verdadero meras apariencias y que hace mal al enseñarse o profesarse a los demás. Pero que aun así ofrece a su vez otro tipo de verdades, y es por ello que al respecto Zambrano afirma:

² ZAMBRANO, María, (1996) *Filosofía y poesía*, México: Fondo de cultura económica, pp. 15-16.

³ Platón (1988). Libro X en: *La República*, Madrid: Gredos S. A.

Es en Platón donde encontramos entablada la lucha con todo su vigor, entre las dos formas de la palabra, resuelta triunfalmente para el logos del pensamiento filosófico, decidiéndose lo que podríamos llamar “la condenación de la poesía”; inaugurándose en el mundo occidental la vida azarosa, y como al margen de la ley de la poesía, su caminar por estrechos senderos, su andar errabundo y a ratos extraviado, su locura creciente, su maldición. Desde que el pensamiento consumó su “toma de poder”, la poesía se quedó a vivir en los arrabales, arisca y desgarrada diciendo a voz en grito todas las verdades inconvenientes, terriblemente indirecta y en rebeldía⁴.

Por su parte, en contraste con las consideraciones de Platón, sería Aristóteles quien diera inicio a la tradición que juzga de manera más favorable a la literatura, el arte y, en general a aquello que de alguna forma se tildó como una imitación de lo verdadero, pero que aun así constituye algo importante para el género humano. En paráfrasis de las explicaciones ofrecidas por Aristóteles en *La poética*, imitar es connatural en el hombre y gracias a este ejercicio adquiere sus primeros conocimientos en la niñez. Lo cual indica que la labor llevada a cabo por los poetas y desdeñada por Platón, es considerada por Aristóteles como el fundamento del ejercicio filosófico en cuanto parte de las apariencias en orden a arribar a las esencias sin dejar de preguntarse constante e incesantemente sobre sus cimientos. En otras palabras, de no ser conscientes de las “imitaciones o “falsedades” en primera instancia, no existiría esa ansia o pulsión que motiva al hombre a hacerse con la verdad de las cosas. Lo cual se explica en la manera literal que los griegos entendían la verdad (*Aletheia*) como un des-ocultamiento. Así pues, Aristóteles toma lugar propiamente en el debate filosofía/literatura, ser/parecer, ficción/realidad, al conciliar ambas cuestiones como parte de un mismo proceso que permite el tránsito desde lo oscuro y difuso hacia lo claro y evidente. En paráfrasis de la mencionada María Zambrano, no se debe dejar de considerar a la filosofía en diversos ámbitos como deudora de la literatura y viceversa, pues al examinar los términos en sí, es fácil advertir que existe un grado de *ser* en el *parecer*.

⁴ *Ibíd.*, pp, 13-14.

Para continuar, una vez entrada la modernidad europea las divergencias entre la filosofía y la literatura siguieron siendo objeto de múltiples debates y posiciones encontradas, especialmente cuando una nueva generación de intelectuales entremezcló abiertamente sus disertaciones filosóficas y su producción literaria. Tal como lo hizo Rousseau en el “*Emilio, o De la educación*”, Diderot en su satírica novela “*Jacques el fatalista*”, o Voltaire en “*Cándido*”, por mencionar algunos ejemplos. Así mismo, en tiempos actuales la cuestión se ha inclinado igualmente a favor de la literatura en el sentido en el que muchos, como el poeta Paul Valery o la autora inglesa Iris Murdoch, consideran que la filosofía deriva propiamente de un discurso enteramente ficcionado, poético y distante de las pretensiones de verdad del saber filosófico o el discurso metafísico, lo cual hace de este último menos importante en una jerarquía que sitúa ahora a la literatura, la poesía (antecesora de la novela) y la ficción en la cúspide. Alegando que desde la Grecia antigua la cosmovisión y los mitos fundacionales sirvieron como base de las disertaciones filosóficas que más tarde serían cruciales para realizar un diagnóstico de la realidad y la condición humana, en un hecho que el escritor y pensador argentino Jorge Luis Borges sintetizó al señalar: “La metafísica es una rama de la literatura fantástica”⁵.

Así pues, las discusiones sobre la relación entre estas disciplinas rápidamente se acentuaron en Iberoamérica, y en gran parte de este mundo académico la tajante distinción entre ambos saberes se hizo evidente. Aun así otros académicos defienden actualmente que efectivamente existe una relación de reciprocidad no jerárquica entre la filosofía y la literatura, como lo indica Manuela Castro Santiago⁶ al asegurar que los límites existentes entre filosofía y literatura son borrosos y permeables.

⁵ BORGES, Jorge Luis (1991), Tlön, Uqbar, Orbis Tertius, en: *Ficciones*, Medellín: Víctor Hugo, p. 24

⁶ CASTRO SANTIAGO, Manuela (2004), *La filosofía y la literatura como formas de conocimiento*, Madrid, en: Revista Diálogo Filosófico, edición # 60, p. 498.

Por su parte, el pensador mexicano Mauricio Beuchot, expone en su obra *El ser y la poesía: El entrecruce del discurso metafísico y el discurso poético*, sus consideraciones con respecto al vínculo estrecho que comparten ambos saberes. Así pues, Beuchot señala que si bien no ha de pretenderse una suerte de mezcla uniforme entre ambas (filosofía y literatura) que haga que alguna funja como la otra, es deber advertir que existen diversos elementos que las relacionan y complementan. Pues para el caso de la poesía que versa sobre cuestiones particulares, el hacerse del vasto lenguaje universal del discurso filosófico, le permite acceder a las abstracciones que tan difícilmente habría de abordar por sí misma, de igual forma que la filosofía al valerse del fecundo terreno de la poesía, puede, en paráfrasis de Beuchot, hacerse más significativa para el hombre.

Beuchot indica que es por medio del *símbolo y la analogía* que la estrecha relación entre filosofía y literatura se hace más evidente. Así pues, el autor afirma al respecto:

Dos cosas (muy conectas entre sí, por cierto) se nos muestran como aptas para efectuar esa vinculación entre poesía y metafísica. Son el símbolo y la analogía. De hecho el símbolo es lo que conecta, lo que vincula. Desde lo concreto nos conecta con lo abstracto, o, como decía Kant, desde lo empírico nos conecta con lo metaempírico. El símbolo, pues, podrá vincular la poesía con la metafísica. Además, lo que nos hace captar el símbolo y la relación que este efectúa es, otra vez según Kant, el conocimiento analógico. En la poesía se da un conocimiento eminentemente analógico, a saber, el de la metáfora; pero también en la metafísica se da un conocimiento eminentemente analógico, aunque más inclinado a la metonimia.⁷

En las reflexiones planteadas por Beuchot, es evidente que en la literatura y el discurso poético que le es afín, el ser se muestra en tanto que en la metafísica y el discurso filosófico este mismo se dice. En otras palabras, diferentes aspectos del ser se manifiestan en las expresiones literarias y las filosóficas. Pero es precisamente por ello que la conjunción de ambas, que permite a un sujeto habilidoso hacer metafísica sin dejar de tener en cuenta la poesía, y a un artista

⁷ BEUCHOT, Mauricio (2003). *El ser y la poesía: El entrecruce del discurso metafísico y el discurso poético*. México: Universidad Iberoamericana, p.11

expresarse bellamente sin dejar de lado verdades trascendentales, es una labor que pocos han sabido materializar, dando lugar a lo que Nietzsche denominó propiamente una *metafísica del artista*⁸. De igual manera, el mencionado autor mexicano considera que la universalidad de la teoría metafísica, expresada no pocas veces en un lenguaje oscuro, complejo y cercano a la metonimia que busca dar cuenta de los conceptos que atañen propiamente a la reflexión filosófica, bien puede hacerse más comunicable al relacionarse con la universalidad de la experiencia personal que da lugar a las expresiones literarias como la novela o la poesía. Es decir, que la complejidad discursiva que dificulta a muchos la comprensión de las disertaciones sobre cuestiones filosóficas, puede superarse al valerse de la creatividad, la riqueza y la sencillez discursiva de la poesía y de la literatura. Por su parte, es necesario que quien lleva a cabo dicha vinculación tenga claro el tipo de conocimiento que cada una ofrece, pues es errado asegurar que la filosofía se encarga exclusivamente de lo abstracto en tanto que la literatura sólo de lo concreto, como muchos han argumentado al escindir ambas disciplinas. En este orden de ideas, se hace necesaria una síntesis de ambas expresiones que sepa conjugar apropiadamente los elementos que una necesita de la otra, haciéndose de esta manera mucho más entendible. En palabras de Beuchot:

Ambas tienen su propia universalidad y su propia particularidad, su manera de aludir a lo abstracto y lo concreto. Si la metafísica no alude a la concreción del individuo, difícilmente podrá indicarle algo que le ayude para la vida; y si la poesía no se distiende hacia algo universal más allá de lo particular, será poesía de ocasión, pero no poesía duradera, esencial y profunda. Ha de trascender su singularidad y su temporalidad. Tenemos, pues, que dilucidar lo más que podamos el tipo de universalidad que se consigue en la poesía, para ver de qué manera se puede elaborar aún más en la metafísica. Pues, si ya la poesía contiene algún tipo de universalidad, la metafísica podrá aprovecharse de él, y únicamente alambicarlo y destilarlo para sacar su esencia íntima, que ya por sí sola aflorará en lo abstracto y explicativo, sin perder la fuerza significativa de su concreción. No en balde algunos filósofos usaron el poema como vehículo de expresión, o el cuento o la parábola, como después el teatro y la novela. Tal vez se pueda sacar de esos poemas y parábolas suficiente contenido metafísico, y tal vez la intuición

⁸ Nietzsche, F. (2006), *El origen de la tragedia*, México: Porrúa.

metafísica que en ocasiones se nos presenta podamos expresarla no sólo en tratados muy técnicos, sino en esas formas analógicas (poesía y parábola) a las que ha echado mano la sabiduría popular.⁹

Este es precisamente el fundamento de la relación propuesta desde estas líneas entre la filosofía y la literatura de Camus; un individuo que supo conjugar y armonizar ambos aspectos, expresando su concepción del “Absurdo” en el tratado filosófico-literario *“El Mito Sísifo”* en un lenguaje más próximo a la metonimia e ilustrándolo en su novela filosófica *“La Caída”* en uno más cercano a la metáfora. Pues él, al igual que Sartre y los demás intelectuales que reavivaron el debate entre la filosofía y la literatura, advirtieron que por medio de sus novelas y obras de teatro se podía transmitir de forma más eficaz sus pensamientos filosóficos, no en pocas ocasiones tan abstrusos que dificultaban su comprensión al público, lo cual pone de manifiesto la necesaria relación de complementariedad entre las dos disciplinas que ha sido aludida por Beuchot.

Para continuar, como lo explica el pensador mexicano Héctor Zagal, en su artículo breve, titulado: *“La filosofía y la literatura: a modo de presentación”* (1997), el ejercicio filosófico es en esencia asumible en el sentido etimológico del vocablo griego del cual deriva (φιλο: amor y σοφία: sabiduría). Así pues: “Filosofía es, ante todo, amor a la sabiduría. Amor denota su carácter tendencial y, por tanto, inacabado. Sabiduría significa la comprensión de la raíz de la vida y del mundo.”¹⁰ De esta manera, la filosofía según lo indica este autor, es un ejercicio que llevado a cabo por el ansia del hombre por abstraer su entorno, le insta a asumir con determinación su lugar frente a aquello que efectivamente logra conocer. Y es en este punto en que la sabiduría alcanzada por este medio se compila y comunica a otros, tal y como Mauricio Beuchot lo indica, por medio de las metonimias o trasnominaciones que versan sobre los conceptos que la filosofía aborda, pero que han sido logrados en primera instancia por aquellos pensadores que se han

⁹ *Ibíd.*, pp. 35-36.

¹⁰ ZAGAL, Héctor (1997), “La filosofía y la literatura: a modo de presentación”, México D.F: en *Tópicos: Revista de filosofía*, edición 13, p. 10

válido de sus experiencias personales e inclinado según sean sus intereses particulares. Es decir, que de acuerdo a la perspectiva de la realidad que el pensador posea y aquellos conceptos que despierten su interés filosófico, será el lenguaje o el mensaje que emita, dado que este puede ser de diversos tipos, es factible ver, por ejemplo, como un discurso que se aproxima a la realidad desde un lenguaje meramente físico, da cuenta de que la concepción del mundo de quien lo elaboró es de naturaleza primordialmente concreta y científica. Así como por medio de la novela, la poesía o las parábolas, podemos advertir, según Beuchot ha indicado anteriormente, contenido metafísico o esencialmente filosófico. En otras palabras, por medio de las expresiones literarias de un autor, nos aproximamos de igual forma a su concepción de *la raíz de la vida y del mundo*, en términos de la definición de Zagal previamente aludida, es decir básicamente a su filosofía. A este respecto Héctor Zagal indica igualmente:

La literatura es un arte y la reflexión sobre el arte, de la que difícilmente escapa el propio artista, es un primer empalme con la estética. De suerte que la frontera entre literatura y filosofía se desdibuja también por este ángulo. El problema radica, quizá, en un afán moderno por trazar la frontera entre literatura y filosofía con una línea perfecta, cuando sería mejor recurrir a un **sfumatto**, permeable y osmótico, pero no anárquico¹¹

En relación con lo anterior, podemos asumir como otra prueba fehaciente del estrecho vínculo entre el saber filosófico y el literario, a la obra en general de Jorge Luis Borges, quien se autodenominó simplemente como “un hombre de letras”, cuando fue inquirido con respecto a su posición como escritor más próximo a ser o un filósofo o un literato. Pues según él, ya sean expresadas de manera sistemática las cuestiones que el saber filosófico se ha procurado, o por medio de metáforas y florituras lingüísticas como la poesía y la literatura lo han hecho, el ser humano no ha llevado a cabo una labor distinta que la de contar historias. Dicho esto, es factible asegurar que ambas disciplinas como expresiones humanas obedecen en muchos aspectos a propósitos semejantes como ofrecer una

¹¹ *Ibíd.*, p. 13.

interpretación del mundo y de la vida, pese al hecho de que a lo largo de la historia su relación haya sido conflictiva, en ocasiones, y amistosa en otras. Como lo ilustra de manera más explícita Manuel Asensi al afirmar:

Cuenta Diógenes Laercio en el proemio de su libro *Vidas de Filósofos* que algunos atribuyen a los magos, gimnosofistas y druidas la invención de la filosofía. El autor niega de inmediato que esto sea cierto. Sin embargo, tal testimonio no parece desdeñable, pues sitúa el nacimiento de la filosofía en un momento anterior a los griegos y, además, le encuentra una cuna que es también la de la literatura. Que Diógenes Laercio lo niegue confirma, una de las principales características de la relación entre la literatura y la filosofía a lo largo de muchos siglos: la discusión y la exclusión recíprocas, el balanceo pendular entre la amalgama y la discordia. Y aunque, a veces, se ha afirmado que en tal relación es la filosofía la que ha tenido un dominio jerárquico, cosa básicamente cierta, hay que decir que a ello ha contribuido la propia literatura asumiendo aquellos rasgos que la filosofía le ha otorgado. Ya se sabe que entre el maestro y el esclavo hay una extraña interdependencia que vuelve difícil saber en ocasiones quién es quién.¹²

Finalmente, es entendible el que tanto la filosofía como la literatura van en muchas ocasiones en busca de la misma verdad y su objeto de reflexión es el mismo, pese al hecho de que si bien la una ofrece una explicación más profunda, compleja e incluso detallada del mundo y todos los sucesos que consternan al hombre, carece de los instrumentos necesarios para que su comprensión sea total, en tanto que la otra, mucho más entendible y llamativa para el público, se suele quedar corta a la hora de explicar las causas, consecuencias, dilemas y en general el actuar del hombre y su entorno. Por tal razón, no es de extrañarse el que ambas disciplinas se imbriquen construyendo un estilo único en el que el contenido filosófico y las formas literarias dan cuenta efectivamente de la existencia del hombre y los fenómenos que le rodean y atraen.

¹² Asensi, Manuel (1995), "Literatura y filosofía", Madrid: Síntesis, p. 9.

2. “EL ABSURDO” DESDE LA PERSPECTIVA DEL MITO DE SÍSIFO.

En el contexto del capítulo anterior queda dicho el que si bien la relación filosofía-literatura ha sido compleja, ambas trabajando de manera conjunta dan cuenta efectivamente de aquello que difícilmente se podría al ir en direcciones opuestas. En consecuencia se admite que las obras *El mito de Sísifo* y *La Caída*, responden a la relación directa entre la veracidad filosófica del ensayo y la riqueza explicativa de la novela. Siendo a su vez, manifiestos del universo que Albert Camus gestó en su filosofía, denominada por sí mismo “la filosofía del absurdo”. Cuyo legado ratifica el complemento interdisciplinar entre ambos saberes. De igual manera cabe resaltar el que el “Absurdo” como la principal categoría de la reflexión filosófica del pensamiento camusiano es supremamente complejo y denso, por lo cual se hará desde estas líneas un simple esbozo a grandes rasgos de sus elementos principales.

En un primer momento, en esta obra que se divide en cuatro capítulos titulados: 1: *Un razonamiento Absurdo*, 2: *El hombre Absurdo*, 3: *La creación absurda*, y 4: *El mito de Sísifo*, Camus señala la necesidad de tener siempre presente el hecho de que el Absurdo subyace a toda acción humana y se encuentra como una suerte de trasfondo del mundo en el que el hombre ha sido arrojado de súbito sin siquiera un entendimiento de su propia existencia, condición y de los fenómenos que le rodean. Según Camus, los pensadores existencialistas han dejado de lado la consciencia de que el Absurdo es fundamental. A su parecer, este posee diferentes expresiones que dan cuenta efectivamente del sinsentido de la existencia humana, un sentimiento que embargaba a muchos en la época en la que el autor argelino dio forma a sus disertaciones. Pues la postguerra trajo consigo la idea generalizada de que el futuro del género humano era incierto, oscuro y muy posiblemente nefasto. De esta manera, nuestro autor postula en las primeras páginas de este sesudo ensayo filosófico que no existe sino un solo problema verdaderamente filosófico y es el suicidio. Pues juzgar si la vida merece

o no ser vivida es la más apremiante de todas las cuestiones. Y aunque el llevarlo a cabo pareciera, en primera instancia, resolver de cierta manera el sentimiento del Absurdo y ser una salida de la lógica que él mismo implica. Lejos de ser así, es simplemente una confesión que aquellos que han sido avasallados por la vida hacen. El hombre absurdo, consciente de su condición no opta por quitarse la vida sino hacer frente a la misma. Un hecho que pensadores como Schopenhauer habían esbozado al aludir a las manifestaciones de angustia y vacío frente al mundo que da lugar al pesimismo, bajo el cual subyace el más fuerte de todos los sentimientos vitalistas. Pues quien realiza un verdadero esfuerzo es aquel que se sujeta a su existencia en la medida de lo posible y la examina de cerca volviendo la atención de su espíritu hacia el sentimiento de lo absurdo, la esperanza y la muerte. En palabras de Camus: “La sensación del absurdo a la vuelta de la esquina puede sentirla cualquier hombre. Como tal, en su desolada desnudez, en su luz sin brillo, es inasible. Pero esa misma dificultad merece una reflexión”.¹³

El clima de lo absurdo y el sentimiento del mismo constituye solo en un primer momento el camino que guía al hombre hacia ese universo, y la actitud anímica que le es inherente. Según lo expresa Camus, la elocuencia de ese vacío que el hombre puede llegar a experimentar y que se torna en una manifestación del sentimiento del absurdo bien puede aparecer de súbito de la manera más trivial, pues el nacimiento de todas las grandes acciones y pensamientos puede llegar a tildarse incluso de irrisorio, y más aún cuando se trata de la absurdidad, cuya génesis adjetiva como “miserable”. Pues, un hombre que se hace consciente de lo absurdo queda ligado a ello para siempre, indica el propio Camus, dado que los gestos cotidianos se rompen una vez alguien reflexiona sobre el sentido de su propia existencia y de los actos que se realizan en el transcurso de esta. En sus palabras: “comenzar a pensar es comenzar a estar minado”¹⁴. Con lo cual indica el primer signo de la absurdidad que consiste precisamente en el anhelo del corazón por rehacer ese estadio previo a la consciencia de lo absurdo de la existencia

¹³ CAMUS, Albert (2016), El mito de Sísifo, Madrid: Alianza, pp.25-26

¹⁴ Ibíd. p. 19.

propia, cuando el despertar todos los días, acudir al trabajo y ver como transcurren los días sumidos en esa rutina parecían tener valor significativo para aquel que llevaba esto a cabo. De manera más precisa:

Suele suceder que los decorados se derrumben. Despertar, tranvía, cuatro horas de oficina o de fábrica, comida, tranvía, cuatro horas de trabajo, cena, sueño y lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado al mismo ritmo, es una ruta fácil de seguir la mayoría del tiempo. Pero un día surge el <<por qué>> y todo comienza con esa lasitud teñida de asombro. <<Comienza>> eso es importante. La lasitud está al final de los actos de una vida maquinal, pero inaugura al mismo tiempo el movimiento de la consciencia. Lo despierta y provoca la continuación. La continuación es la vuelta inconsciente a la cadena o el despertar definitivo. Al final del despertar llega, con el tiempo, la consecuencia: suicidio o restablecimiento.¹⁵

En relación con lo dicho al principio de este capítulo, Camus plantea en este punto las dos rutas a seguir por el hombre que ha despertado su consciencia y ha advertido la absurdidad: suicidio o restablecimiento. El primero no resuelve la sensación del absurdo, en tanto que el segundo da lugar propiamente a la *rebelión* del espíritu que motiva al sujeto a hacer frente a la vida y es precisamente en este hecho en el cual recae no solo la más aceptable significación de la existencia humana sino también el mayor mérito de la misma. Es por ello que Camus señala a este respecto: “Esta rebelión da su valor a la vida. Extendida a lo largo de toda una existencia, le restituye su grandeza. No hay espectáculo más hermoso para un hombre sin anteojeras que el de la inteligencia enfrentada a una realidad que la supera”.¹⁶ En otras palabras, queda claro que la *conciencia* y la *rebelión* son para Camus, lo opuesto al renunciamiento.

Una vez el hombre se hace consciente de lo absurdo, se reconoce a sí mismo y se sitúa con respecto al tiempo; deja de lado el vivir con base en las expectativas cifradas siempre en el futuro, un mañana incierto que le atormenta y acompleja, para dar lugar a una actitud de seguridad, asumiendo una postura frente a la oscuridad que la vida misma le presenta; aceptar el hecho de que el absurdo es

¹⁵ Ibíd. p. 28.

¹⁶ ibíd. p. 76.

inherente a su existencia, le da un sentido a la misma. “En este punto se invierte el problema. Anteriormente se trataba de saber si la vida, para ser vivida, debía tener un sentido. Ahora parece por el contrario, que se la vivirá tanto mejor cuanto menos sentido tenga. Vivir una experiencia, un destino, es aceptarlo plenamente”.¹⁷ Dice Camus para señalar que vivir es propiamente hacer que la absurdidad también lo haga, asumir el destino del hombre y enfrentarse a sí mismo, rebelándose y extendiendo esa sensación metafísica de su consciencia por encima de todas las experiencias particulares. Aceptar el hecho de que la condición humana es precaria, la muerte le asedia, y que no se es realmente libre, es en consecuencia también aceptar la absurdidad. “El hombre absurdo no puede sino agotar todo y agotarse. Lo absurdo es su tensión más extrema, la que él mantiene constantemente con un esfuerzo solitario, pues sabe que esta consciencia y esta rebelión, día a día testimonia su única verdad, que es el desafío”.¹⁸

Cuando Camus afirma que la única verdad del hombre es el desafío, alude propiamente a la sensibilidad que le permite a este advertir que la absurdidad es el fundamento de todo lo que le rodea, pues al adquirir consciencia de ello y reflexionar con respecto a su propia existencia, la muerte y el tiempo, advierte de súbito que las explicaciones ofrecidas por los saberes como la ciencia, que antes parecían dar cuenta del mundo y darle un significado al mismo, resultan ahora insuficientes. Lo cual desencadena un enfrentamiento entre el razonamiento absurdo y el mundo, dando origen a ese lugar común en el que el hombre termina por perder la esperanza, y es precisamente en este punto en el que la idea del suicidio aparece ante él como una opción no sólo plausible sino coherente con respecto a resolver el clima desolador que la lasitud o el desfallecimiento traen consigo. Sin embargo, la rebelión surge a su vez para hacer frente a la lasitud, y salva al hombre de una muerte prematura.

¹⁷ *Ibíd.* p. 73

¹⁸ *Ibíd.* p. 75

Ahora bien, el dejar de lado todas las expectativas cifradas en el futuro y advertir que este trae consigo inevitablemente el único destino certero de todo ser que es la muerte, hace que el hombre sienta una identificación con lo absurdo. Pues trasciende por la vida en busca de un sentido que no hallará, en un ambiente de extrañeza y desolación que simplemente le ratifican el sinsentido tanto de su existencia propia como la del mundo en que se encuentra. Este caminar por la inercial fuerza de la costumbre, constituye en sí mismo la experiencia de lo absurdo. Vivir al hacer que este mismo lo haga, haciendo frente a la inhumanidad del hombre por el hombre mismo, en paráfrasis del propio Camus, al espesor del mundo y la representación en un primer momento idealizada que se albergaba antes de que la absurdidad hubiese de quitar el velo que encubría de belleza un mundo que está lejos de serlo. Así pues, la creación absurda tiene lugar en ese punto en el que la lasitud ha llegado al hombre y le ha hecho advertir que el absurdo es un elemento inherente tanto a sí mismo como a todo lo que le rodea. “Lo absurdo me aclara en este punto: no hay mañana”¹⁹.

El universo que el hombre percibe y en el cual se halla, es ahora un universo absurdo, pues ha llegado a él la consciencia que le permite evadir el sueño cotidiano, lo cual es en sí parte fundamental de la libertad absurda. Siendo este universo de manera concreta, una manifestación del panorama desolador de la época en la que Camus dio forma a sus disertaciones, pues él como todo autor es parte de su tiempo y producto de las circunstancias del mismo. El universo absurdo es precisamente aquel en el que Camus vivió, pues el lapso que abarcó la segunda guerra mundial, no solo hubo de asolar todo el antiguo continente sino que también devastó las esperanzas y minó el pensamiento de las personas que fueron testigos de un momento tan adverso en la historia. Por ello mismo, Camus señala en *El Mito de Sísifo*, que lejos de pretender en sus escritos una trascendencia o un salto a la eternidad, solo busca adscribirse a la historia, particularmente la de su tiempo. Es por ello que afirma: “El hombre absurdo

¹⁹ Ibíd. p. 78.

vislumbra así un universo ardiente y helado, transparente y limitado, donde nada es posible pero todo está dado, y más allá del cual sólo se hallan el hundimiento y la nada”.²⁰

La experiencia de la absurdidad entonces es fácilmente perceptible para el hombre una vez este se ha detenido a reflexionar sobre el sentido de su trasegar por la vida. Tal y como lo expone nuestro autor, el hecho de que esta existencia no posea una faz distinta que la de lo absurdo, se equilibra en la constante y perpetua oposición entre la rebelión del sujeto, llevada a cabo de manera consciente y la oscuridad que la vida misma presenta, lo cual incita a reconocer en este orden de ideas, el que la libertad del hombre absurdo posee únicamente un sentido con respecto a su destino limitado y de antemano conocido: la muerte. Al respecto Camus plantea: “Pero ¿qué significa la vida en semejante universo? Por el momento nada más que la indiferencia hacia el futuro y la pasión de agotar todo lo dado. La creencia en el sentido de la vida supone siempre una escala de valores, una elección, nuestras preferencias. La creencia en lo absurdo, según nuestras definiciones, enseña lo contrario.”²¹

Habiendo hecho un esbozo, a grandes rasgos, del concepto del absurdo, cabe anotar el que nuestro autor perfila como el héroe de esta naturaleza por excelencia a Sísifo; pues habiendo sido afrentoso con la voluntad de los dioses y pecando por desmesura o hbris al no retornar al infierno tras conseguir el permiso de Plutón para volver a la tierra y castigar a su esposa, fue condenado a un suplicio eterno que consistía en subir por una colina una pesada y enorme roca a la cual se encontraba sujetado, una y otra vez, solo para descender y tener que comenzar y escalar nuevamente una vez hubo alcanzado la cúspide. Este hecho, según Camus, da cuenta de la pasión y el aferramiento a la vida, los placeres y las experiencias de la misma que todo hombre actual experimenta. Cuando asegura que vivir es hacer que la absurdidad también lo haga, lo equipara a la condena del

²⁰ Ibíd. p. 80.

²¹ Ibíd. P. 80

mítico personaje de Sísifo, quien es consciente de su destino y del hecho de que su suplicio jamás tendrá un fin, pues una vez alcanza la cima, vislumbra por un fugaz y efímero instante la tranquilidad de haber logrado un cometido, solo para retornar a los dominios de los dioses y recomenzar a subir esas cumbres. Al respecto el autor argelino afirma:

Lo trágico de este mito estriba en que su héroe es consciente. ¿En qué quedaría su pena, en efecto, si a cada paso lo sostuviera la esperanza de lograrlo? El obrero actual trabaja, todos los días de su vida, en las mismas tareas y ese destino no es menos absurdo. Pero sólo es trágico en los raros momentos en que se hace consciente. Sísifo, proletario de los dioses, impotente y rebelde, conoce toda la amplitud de su miserable condición: en ella piensa durante el descenso. La clarividencia que debía ser su tormento consume al mismo tiempo su victoria. No hay destino que no se supere mediante el desprecio²².

En cuanto a la condena de Sísifo, la pesada roca que lleva atada constituye la tristeza, el dolor, la nostalgia y la angustia que todo ser que puebla la tierra siente una vez se ha hecho consciente de que su único destino es irreparablemente morir, que toda acción maquinal que realiza en el transcurso de su vida, no posee una significación concreta, pues la absurdidad subyace tanto en los individuos como en todo lo que les rodea. Es en otras palabras, el llamado a la felicidad que se creía albergar antes de ser conscientes del sinsentido de la vida propia, tal y como se mencionó al principio de este apartado, es el primer síntoma de la absurdidad, el anhelo del corazón del hombre por volver a ese estadio previo a la consciencia en el que el transcurrir de los días parecía tener un sentido y lejos de estar inconforme simplemente se vivía con gozo. De esta manera, tanto Sísifo como el hombre absurdo, realiza todos los días una labor interminable, un suplicio que bien puede a la vez gozarse, puesto que al ser conscientes de su destino, al aceptarlo plenamente, hacer frente a la vida, rebelarse ante la lasitud, el desfallecimiento y todo impulsó por atentarse contra la vida propia, poco a poco y con el pasar de los días, esas imágenes idealizadas del mundo que se tenían en aquel momento anterior al despertar de la consciencia, al atarse para siempre a la

²² *Ibíd.*, pp. 153-154.

noción del absurdo, desaparecen, se hacen cada vez más borrosas en la memoria del hombre y se tornan simplemente en ecos lejanos de instantes en los que el destino propio se desconocía. En este plano, como se había referido con anterioridad, a toda noción pesimista, como un elemento fundamental de las nociones existencialistas, las motiva la más vitalista de todas las pulsiones. El hombre absurdo y Sísifo, si bien padecen, optan por el restablecimiento, aceptan su destino y hacen frente al mismo con valentía, lo cual es también la raíz del sosiego que produce el aferrarse a la absurdidad como la tensión más preciada de todo hombre que se ha hecho consciente de esta. Por ello nuestro autor asegura: "Pero no hay más que un solo mundo. La felicidad y lo absurdo son dos hijos de la misma tierra. Son inseparables. El error consistiría en decir que la felicidad nace forzosamente del descubrimiento absurdo."²³

Tanto para Sísifo como para el hombre absurdo, su destino le es propiamente de su pertenencia, el aceptarlo y hacerle frente es una labor que realiza sin desfallecer. Y es en ello en lo cual recae el mérito de toda existencia, en optar por el restablecimiento, la oposición y la rebelión, que permiten soportar las adversidades de la vida y el mundo. De manera más precisa Camus aclara esto al asegurar:

El hombre absurdo dice sí y su esfuerzo no cesará nunca. Si hay un destino personal, no hay un destino superior o al menos no hay sino uno, que juzga fatal y despreciable. En lo demás, sabe que es dueño de sus días. En ese instante sutil en el que el hombre se vuelve sobre su vida, Sísifo, regresándose a su roca, contempla esa serie de actos desvinculados que se convierten en su destino, creado por él, unido bajo la mirada de su memoria y pronto sellado con su muerte.²⁴

Por su parte, Sísifo enseña a los hombres que la perseverancia en su destino y plena aceptación de éste, es en sí ya un logro, aunque jamás logre su cometido y parezca infructuosa su labor, él se reconoce a sí mismo al igual que a su entorno o universo y lo asume todo en conjunto con valentía. Y si bien, nunca logra zafarse

²³ *Ibíd.*, pp. 154-155.

²⁴ *Ibíd.*, pp. 155-156.

de esa condena, continuará incesantemente ascendiendo para llegar a la cima de esa cumbre que escalará eternamente, donde vislumbrará por un efímero pero significativo instante, la liberación de haber alcanzado dicha cumbre tras un considerable y admirable esfuerzo. Un hecho que el autor ilustra de forma concreta al afirmar:

Pero Sísifo enseña la fidelidad superior que niega a los dioses y levanta las rocas. También él juzga que todo está bien. Este universo en adelante sin dueño no le parecerá estéril ni fútil. Cada uno de los granos de esa piedra, cada fragmento mineral de esa montaña llena de noche, forma por sí solo un mundo. La lucha por llegar a las cumbres basta para llenar un corazón de hombre. Hay que imaginarse a Sísifo feliz.²⁵

De igual forma sucede con los hombres, el trasegar por la vida, el hacer frente a las adversidades, a la lasitud y demás, constituye en sí mismo un mérito que bien puede de alguna manera proporcionarles felicidad en medio del desolador panorama de un universo donde prima la absurdidad.

²⁵ Ibíd. pp. 155-156.

3. “LA CAIDA” UNA NOVELA QUE ENCARNA EL UNIVERSO ABSURDO.

Ahora bien, es factible asegurar en este punto que el pensamiento gestado por Camus, y expresado en su tratado filosófico *El Mito de Sísifo*, tuvo gran difusión por medio de sus obras literarias. Desde su celebre novela *El extranjero* (1942), pasando por *La Peste* (1947) y particularmente en su tercera novela publicada *La Caída* (1956), es posible ver como el autor argelino comunicó con su peculiar estilo literario todas las disertaciones filosóficas que le valieron un sitio importante en el anchuroso mundo de las letras.

En cuanto a la cronología de sus obras, si bien *El extranjero* y *El Mito de Sísifo* fueron publicadas ambas en 1942, la escritura de la primera comenzó en 1937, y no fue culminada sino hasta 1940, dos años antes de que llegase al público. De manera particular, su novela *La Caída*, en la cual se centra la relación expuesta desde estas líneas, y que fue gestada con posterioridad a las dos obras mencionadas anteriormente, constituye al igual que las demás, una síntesis de todos los elementos de la compleja unidad disertativa del autor. Es por ello, que es factible evidenciar en esta novela, al igual que en las otras, rasgos fundamentales de la filosofía del absurdo o el sistema de pensamiento camusiano. Así pues, habiendo hecho un recuento de la díada filosofía-literatura en el capítulo inicial del presente escrito, un esbozo del concepto del absurdo en la primera parte del segundo, la idea es ahora aterrizar las nociones explicadas anteriormente en cuanto a susodicho concepto, a las vivencias del señor Jean Baptiste Clamence; protagonista de *La Caída*, en orden a advertir el complemento que el autor hizo entre su producción filosófica y la literaria. Pues esta fue una inquietud que hizo manifiesta ya en *El Mito de Sísifo*, en el apartado titulado *Filosofía y novela* en cuanto el propio Camus estaba fielmente convencido de que la metafísica y el arte, las sesudas disertaciones filosóficas y las agradables narrativas de la prosa literaria, están vinculadas estrecha y necesariamente. Lo cual ilustra nuestro autor cuando afirma:

Se trata solamente de ser fiel a la regla de combate. Este pensamiento puede bastar para alimentar a un espíritu: sostuvo y sostiene a civilizaciones enteras. La guerra no se niega. Hay que morir o vivir de ella. Y lo mismo lo absurdo: se trata de respirar con él, de reconocer sus lecciones y de encontrar su carne. A este respecto, el goce absurdo por excelencia es la creación. <<El arte y nada más que le arte –dice Nietzsche- , tenemos el arte para no morir de la verdad>>²⁶.

Lo que nos interesa a estas alturas es advertir de forma particular la relación que nuestro autor propone entre su concepción eminentemente filosófica del absurdo abordado en *El Mito de Sísifo*, y como representa éste por medio del arte literario en el ambiente que crea para Jean Baptiste, el protagonista de su tercera novela.

De esta manera vemos como por medio de metáforas, Camus expone en la vida de Jean Baptiste, las nociones que constituyen en sí el sentimiento de lo absurdo, su universo y expresiones en la naturaleza humana como el suicidio, la angustia, la muerte, entre otras. Así pues, en esta novela dividida de manera no expresa en seis capítulos cortos, el protagonista; un abogado que solía ejercer como juez penitente en Paris, se topa a un sujeto desconocido en un sórdido bar de Ámsterdam llamado “México city”, y seguidamente narra a este toda su vida, el descenso desde las cumbres del éxito profesional, la incorruptibilidad personal y rectitud hacia la embriaguez, el libertinaje, la depresión y la ruina. Siendo de anotar el que para los fines propuestos en este apartado, en cuanto a relacionar la novela con el concepto filosófico del absurdo, y dado el estilo narrativo de *La Caída*, que más bien se asemeja a una crónica de todas las vivencias del protagonista. Hemos de citar específicamente aquellos episodios de la vida del personaje principal en los que se hace mucho más expreso el concepto del absurdo, aludido en el capítulo anterior de este escrito.

En un primer momento, una vez Jean Baptiste entra en confianza con su interlocutor, le desnuda todo su pasado tras invitarle algunos tragos y disponerse a acompañarlo en una caminata desde el bar “México city” por toda la ciudad, rumbo a la casa de este. Manifestándole el que si bien suele frecuentar muchos bares de

²⁶CAMUS, Op. Cit. pp. 121-122.

marineros en Ámsterdam, y su apariencia algo adusta suele intimidar a la gente, resulta evidente un refinamiento en su proceder y manera de expresarse. Pues cuando solía vivir en París, y ejercer el derecho como juez penitente, fue un sujeto acaudalado y virtuoso que propendía incluso al trato con aquellas personas que consideraba inferiores, ya sea económica o personalmente. Así pues, al realizar un diagnóstico de la circunstancias en que se halla el protagonista antes de hacer un flash back a la vida que llevaba cuando residía en París, es fácil advertir que él es una representación del primer síntoma de la absurdidad, pues el hombre experimenta nostalgia una vez se hace consciente del sinsentido de su existencia, tal y como se lo mencionó en el capítulo anterior, su anhelo era retornar a ese estadio previo a dicha consciencia, cuando se hallaba sumido en su rutina y trabajo, que le resultaban plenamente satisfactorios y se consideraba incluso feliz, pues asumía principalmente los casos de personas menos favorecidas como viudas y huérfanos, sólo por el sosiego que le producía el ser un sujeto correcto y bondadoso. Lo cual se ilustra cuando Jean Baptiste afirma en un fragmento de la novela:

El modo mismo en que yo llevaba a cabo las defensas me procuraba grandes satisfacciones. Era realmente irreprochable en mi vida profesional. Por supuesto que nunca acepté sobornos; eso está fuera de cuestión. Tampoco me rebajé nunca a hacer personalmente diligencias. Más raro es el hecho de que jamás halagué a ningún periodista para tornármelo favorable, ni a ningún funcionario cuya amistad hubiera podido serme útil. Hasta tuve la oportunidad de que me ofrecieran dos o tres veces la Legión de Honor, que yo pude rechazar con una dignidad discreta, en la que encontraba mi verdadera recompensa. Por último nunca hice pagar a los pobres, ni les hablé a voz en grito. No vaya a creer usted, querido señor, que me jacto de todo eso. Mi mérito era nulo: la avidez que en nuestra sociedad hace las veces de la ambición, siempre me divirtió. Yo apuntaba más alto; ya verá usted que la expresión es exacta en lo que me concierne.

Pero bien pude juzgar ya cual era mi satisfacción. Gozaba de mi propia naturaleza y todos sabemos que en eso estriba la felicidad.²⁷

²⁷ CAMUS, Albert (1977), *La Caída*, Buenos Aires: Losada S. A, pp. 18-19.

Es así como sucede que los actos maquinales de la existencia del protagonista parecían resultarle plenamente satisfactorios en tanto él no era consciente aún de la absurdidad, antes del despertar de su consciencia.

Para continuar, en cuanto a las expresiones del Absurdo tales como el suicidio; que surge como una opción plausible en ciertas instancias adversas de la vida como la aparente salida o solución al sentimiento de la absurdidad que llega acompañado de la lasitud; que hace además al hombre inhumano frente al hombre mismo. Camus metaforiza estas nociones en un episodio en el que el abogado relata su compañero, cómo hubo de marcar su vida el haber sido testigo de una joven que se suicidó al arrojarse una noche a las aguas del río Sena, mientras él transitaba por un puente cercano, agobiado por la situación pero a su vez indiferente frente a la misma. De esta manera Jean Baptiste, se presenta como un sujeto que encarna el hombre absurdo, en cuanto este se divorcia del mundo, las escalas de valores, y da extrema prelación al sinsentido como su tensión más preciada, en paráfrasis de las explicaciones de Camus en *El Mito de Sísifo*.

Además, para el señor Clamence, el ver como su vida se derrumba, la juventud se escapa y los amores a los cuales tanto interés devotaba, se tornan en simples recuerdos de sus días pasados. Lejos de abatirlo a tal punto como para optar arremeter contra su propia vida, tal y como la chica que se suicidó lo hizo, le generan de alguna forma cierto sosiego. Con lo cual se hace evidente que él como un fiel representante del hombre absurdo, ha asumido con valentía su destino, lo ha aceptado y ha hecho que la absurdidad viva o tenga lugar igualmente al hacer frente a su existencia por más farragosa que se haya tornado. Llevando a cabo una labor semejante a la de Sísifo, pues Jean Baptiste, ha sido testigo por momentos efímeros de las cumbres del éxito, de la materialización de sus propósitos y expectativas tanto emocionales como económicas, y las ha perdido solo para comenzar de nuevo su interminable suplicio, pero dicha lucha, tal y como lo señala Camus en *El Mito de Sísifo*, resulta suficiente para llenar el

corazón del hombre...de éste en particular, cuya forma de expresarse, actitud anímica y posición frente a su mundo, dan cuenta de que efectivamente lleva a cabo todas las premisas que constituyen en sí lo absurdo. “Lo cierto es que, después de largos estudios hechos sobre mí mismo, vine a descubrir la duplicidad profunda de la criatura humana. Comprendí entonces, a fuerza de hurgar en mi memoria, que la modestia me ayudaba a brillar; la humanidad, a vencer, y la virtud, a oprimir. Hacía la guerra por medios pacíficos y obtenía, por fin, gracias al desinterés, todo lo que deseaba”²⁸

En orden a metaforizar las manifestaciones del sentimiento de la absurdidad como la indiferencia por los congéneres que experimenta el hombre absurdo, Jean Baptiste afirma: “viviendo entre los hombres sin compartir sus intereses, yo no llegaba a creer en los compromisos que asumía.”²⁹

De igual forma, en cuanto a la aceptación del único destino certero del hombre que es sin duda alguna la precariedad de su condición y la inevitable llegada de la muerte. Sumado al rompimiento de los gestos cotidianos que trae consigo el hacerse consciente y ligarse por siempre a la absurdidad. El personaje de la novela encarna estos dilemas propios del sentimiento del absurdo, cuando reflexiona de la siguiente manera en este fragmento:

Durante algún tiempo y en apariencia mi vida continuó como si nada hubiera cambiado. Yo marchaba como sobre rieles y rodaba. Como ex profeso, las alabanzas arreciaban sobre mí. Y justamente de allí vino el mal. Usted recuerda ¿no? << ¡Desdichados de vosotros cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!>> ¡Ah, aquél decía cosas de oro! ¡Desdichado de mí! La máquina comenzó a tener caprichos, a detenerse inexplicablemente.

En ese momento el pensamiento de la muerte irrumpió mi vida cotidiana. Comencé a calcular los años que me separaban de mi fin. Buscaba ejemplos de hombres de mi edad que ya estuvieran muertos. Y me atormentaba la idea de que no tendría tiempo para cumplir mi misión. ¿Qué misión? No lo sabía³⁰.

²⁸ Ibíd. p. 66.

²⁹ Ibíd., p. 69

³⁰ Ibíd. pp. 69-70.

Dicho esto, se presenta pues en este punto de la novela, el enfrentamiento del protagonista ante las dos posibilidades que se manifiestan una vez el hombre hace un diagnóstico del sentido de su existencia, tal y como se lo mencionó con anterioridad según Camus lo indica en las primeras páginas del *Mito*. Jean Baptiste Clamence se está inquiriendo en este fragmento por optar bien sea por el suicidio o el restablecimiento, resolviéndose decididamente por rebelarse ante el desfallecimiento y encarar su destino y hacerlo exclusivamente propio, lo cual constituye en sí el único desafío verdadero del hombre (tal y como lo sucedido con Sísifo). Por ello Jean Baptiste, asegura, al final de la novela cuando está por culminar el relato de su vida a su interlocutor, en su último encuentro mientras convalece en su propia cama agobiado por una fiebre:

De nuevo he vuelto a permitírmelo todo; y esta vez sin risas. No cambié de vida, continúo amándome y sirviéndome de los demás, solo que la confesión de mis faltas me permite volver a comenzar con mayor facilidad y gozar dos veces, primero de mi naturaleza y luego de un encantador arrepentimiento.

Desde que hallé esta solución, me abandono a todo, a las mujeres, al orgullo, al tedio, al resentimiento, y hasta la fiebre que en este momento siento subir deliciosamente. Por fin reino, pero esta vez para siempre. Además encontré una cima y sólo yo subo a ella; desde allí puedo juzgar a todo el mundo. A veces, cuando la noche es realmente hermosa, oigo una lejana risa y entonces vuelvo a dudar. Pero en seguida aplasto todas las cosas, criaturas y creación, bajo el peso de mi propia enfermedad, y heme de nuevo emperifollado³¹.

³¹ Ibíd. p. 112.

4. CONCLUSIONES

Habiendo llegado al término de este texto, no es osado asegurar que es factible ver como Albert Camus realizó una relación entre sus disertaciones filosóficas y su producción literaria, no solo evidente en el puente que estableció entre *El Mito de Sísifo* y la novela referida desde estas líneas, sino también con toda su producción literaria en general. Un proyecto que ya se dejaba entre ver propiamente en *El Mito de Sísifo*, cuando nuestro autor manifestaba lo siguiente:

Nunca se insistirá demasiado en lo arbitrario de la antigua oposición entre arte y filosofía. Si se pretende entenderla en un sentido demasiado preciso, con toda seguridad es falsa. Si se pretende sólo decir que cada una de las dos disciplinas tiene su clima particular, sin duda es cierto, pero vago. La única argumentación aceptable residía en la contradicción planteada entre el filósofo encerrado en medio de su sistema y el artista situado ante su obra. Más eso era válido para cierta forma de arte y de filosofía que aquí consideramos secundaria. La idea de un arte separado de su creador no sólo está pasada de moda, es falsa. Por oposición al artista, se señala que ningún filósofo ha creado nunca varios sistemas. Más eso es cierto en la misma medida en que ningún artista ha expresado nunca más de una sola cosa bajo diferentes rostros. La perfección instantánea del arte, la necesidad de su renovación, no son sino un prejuicio. Porque la obra de arte es también una construcción y todos sabemos cuán monótonos pueden ser los grandes creadores. El artista, como el pensador, se compromete con su obra y deviene en ella. Esta ósmosis plantea el más importante de los problemas estéticos. Por añadidura, nada más inútil que estas distinciones por métodos y objetos para quien está persuadido de la unidad de las metas del espíritu. No hay fronteras entre las disciplinas que el hombre se propone para comprender y amar. Se inter-penetran y la misma angustia las confunde.³²

Reiteradamente, es digno señalar que la relación filosofía-literatura se da en el sentido el que ambas disciplinas, como ya lo mencionó el propio Camus en la cita aquí presentada, poseen un fin en común, una misma meta, que es básicamente una observación del hombre y su entorno, un diagnóstico de la existencia y de los fenómenos del mundo, que se ha sabido comunicar de una forma más eficaz al imbricar ambos saberes. De esta manera, advertimos en este caso como el personaje de Jean Baptiste, es en sí una suerte de híbrido cuya génesis si bien es

³² CAMUS, Op. Cit, pp.124-125

meramente ficcionada, posee su fundamento en todas las nociones y conceptos propios del existencialismo que dan forma a la filosofía del Absurdo como una rama de este pensamiento, tales como la consternación por el existir, la angustia, la libertad, el suicidio, la falta, crisis y tergiversación de valores de nuestros días, el dolor, la culpa, y el sinsentido de la vida humana.

BIBLIOGRAFÍA

ASENSI, Manuel. *Literatura y filosofía*. Madrid: Síntesis.1995

BEUCHOT, Mauricio. *El ser y la poesía: El entrecruce del discurso metafísico y el discurso poético*. México: Universidad Iberoamericana. 2003

BORGES, Jorge Luis. Tlön, Uqbar, Orbis Tertius, en: *Ficciones*. Medellín: Víctor Hugo. 1991. pp 13-36.

CASTRO SANTIAGO, Manuela. *La filosofía y la literatura como formas de conocimiento*, en: *Revista Dialogo Filosófico*. 2004, Vol. 60, pp. 491-500. ISSN 0213- 1196.

CAMUS, Albert. *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza. 2016

CAMUS, Albert. *La caída*. Buenos Aires: Losada S. A. 1977

NIETZSCHE, F. *El origen de la tragedia*, México: Porrúa. 2006

PLATÓN. *La República*. Madrid: Gredos S. A. 1988

ZAGAL, Héctor. *La filosofía y la literatura: a modo de presentación*, en *Tópicos: Revista de filosofía*, 1997, vol. 13, pp.9-13. ISSN 0188- 6649.

ZAMBRANO, María. *Filosofía y poesía*. México: Fondo de cultura económica. 1996